

CONMEMORACIONES MEDIÁTICAS DEL PASADO RECIENTE EN ARGENTINA

Por: Eva Da Porta

Interrogantes iniciales*"¿Quién define este presente desde el que hablamos?"*

Homi Bhabha

La memoria, como dimensión constitutiva de toda cultura, se ha vuelto en la actualidad una preocupación central en las discusiones y debates de las ciencias sociales y los estudios culturales. Pero también en diversas propuestas de intervención política y en la producción de la industria cultural, el pasado y la memoria concitan en las últimas décadas un interés especial. Sin embargo, esta atención centrada en la memoria no alcanza para abordar en su totalidad un fenómeno tan complejo y conflictivo, que ha llegado a constituirse en un rasgo de época, una suerte de "cultura de la memoria" (Huysen, 2000:16) marcada por un giro hacia el pasado que, (...) *"contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX"* (Huysen, 2002:13).

En nuestro país, el vínculo entre memoria y olvido adquiere particular relevancia debido al pasado reciente de quiebres institucionales, terrorismo de estado, dictaduras, etc., acontecimientos que pueden definirse como "catástrofes sociales"¹, con profundas consecuencias en el tejido social. Schmucler pone el énfasis en un aspecto central que ordena la búsqueda de la memoria: *"En la Argentina estamos envueltos en un torbellino de voces que claman por la memoria. ¿La memoria de qué se intenta fortalecer, o recuperar o construir?"* (Schmucler, 2000:6)

Estos interrogantes, que involucran una dimensión política y ética, constituyen los ejes desde los cuales nos proponemos reflexionar sobre la construcción mediática de la/s memoria/s políticas del pasado reciente en Argentina.

Las conmemoraciones -fechas, aniversarios- constituyen un espacio productivo para estudiar los conflictos de los que son objeto las memorias. Fijan, cristalizan, y materializan el recuerdo de un acontecimiento concreto y lo ponen en escena en la esfera pública -su ámbito natural de realización-. Desde la perspectiva se hace necesario considerar la dimensión mediática presente en la constitución de esta esfera. Los medios no serían un mero registro neutral de esas memorias, sino su condición de posibilidad y existencia social. En ese marco nos preguntamos, *¿qué papel juegan los medios de comunicación en esa lucha por imponer y hegemonizar los sentidos en las conmemoraciones de acontecimientos conflictivos que se constituyen como un límite, un quiebre institucional y discursivo ?*

Los acontecimientos que se sucedieron en nuestro país entre el 19 y el 21 de diciembre de 2001 y que llevaron a la Nación al borde de la disgregación están atravesados, en su emergencia, por una presencia mediática constitutiva. Esta presencia no se circunscribe a una mera cobertura de los "hechos" sino que interviene en su definición "performativamente" al constituirlos como acontecimientos de la esfera pública nacional. Esta imbricación, entre discurso mediático, espacio de lo público y esfera política se pone en evidencia con particular fuerza en situaciones de catástrofe social, como la que estamos planteando. Acontecimientos relevantes en términos sociales como "el cacerolazo" o los saqueos en el gran Buenos Aires no pueden ser analizados sin considerar la incidencia constitutiva de la cobertura mediática. No sólo el tiempo sino básicamente el ritmo, la cadencia social de esos acontecimientos están atravesados, "formateados" por los "dispositivos tecnodiscursivos." (Derrida, J. 1998). No habría posibilidad de plantear dos esferas independientes: la real social y la mediática, tal como lo señalan aquellas perspectivas que abordan la mediatización como condición de existencia actual; desde los planteos iniciales de Pierre Nora, pasando por Eliseo Verón o Jacques Derrida. (P. Nora. 1967. Verón, E. 1987, Derrida, J. 1998). Frente a esta complejidad es quizás necesario comenzar a interrogarse por esta performatividad mediática, por sus mecanismos discursivos de imposición que hacen que hoy, parte de la realidad social, no sólo se construya mediáticamente sino que ciertas dimensiones de la vida social no puedan ser analizadas sin considerar la profunda implicación de los medios. En ese sentido J. Derrida señala esta profunda complicación entre discurso mediático y acontecimientos sociales al considerar que aquellos hechos que los medios constituyen en actualidad, "ese cribado interpretativo" no se limita sólo a la esfera de los medios, sino que "se impone desde el umbral de toda percepción o toda experiencia finita en general " (Ibid.: 58)

Narrativas del presente

La definición performativa de los acontecimientos de diciembre de 2001 que realizaron los medios los instituyó como acontecimientos políticos de relevancia nacional. Este trabajo simbólico se realizó con la ayuda de herramientas retóricas y estrategias discursivas previamente existentes en el marco de una formación discursiva superior: el discurso de la actualidad.

La actualidad como condición de producción de estos acontecimientos les imprimió sus propias marcas semióticas y les impuso algunas lecturas y estructuras de sentido propias; desde ciertas tramas narrativas tales como la crónica policial para relatar los saqueos, hasta cierto tono histórico inicial dado por el tratamiento documental al cacerolazo del 20 de diciembre.

El carácter disruptivo de estos acontecimientos fue controlado por estas narrativas de la actualidad que desde tramas previas llenaron el "vacío de sentido"² creado por la emergencia conflictiva de estas expresiones sociales. Este discurso marcó las coordenadas del relato, a partir de una clara posición enunciativa centrada en el formato "noticia de último momento", en la crónica como relato predominante y en la transmisión en vivo y en directo como modalidad de contacto dominante. Este tono de urgencia, emergencia, imprevisibilidad y cierta dosis de contingencia hizo que la TV y su capacidad de transmitir en dúplex y múltiple funcionara como el medio privilegiado de control discursivo del acontecimiento, como mapa ordenador del caos social.

Los canales que hicieron cobertura en directo sostuvieron la estructura del informativo tradicional con conductores en el piso que daban paso a las crónicas en distintos escenarios simultáneamente (saqueos en el Gran Buenos Aires, manifestaciones en los barrios capitalinos, cacerolazos, represión policial en el Congreso) y con entrevistas en estudio a especialistas en análisis económico, marketing político, encuestadores y algunas personalidades de la cultura, excluyendo mayoritariamente a políticos.

Que los acontecimientos señalados se hayan desencadenado sin previsión posible, al menos para la gran mayoría de los argentinos, y que por lo tanto hayan sido transmitidos "en directo", rompiendo la rutina de programación televisiva y los formatos de edición de los diarios, no debe ocultar el verdadero trabajo narrativo de los medios que no sólo operaron como espacio de emergencia, visibilidad y transmisión de los acontecimientos de diciembre de 2001 sino también como lugar de significación, interpretación y evaluación.

La actualidad, más allá de los distintos géneros que la conforman, es la estrategia discursiva central a partir de la cual, los medios construyen lo real social en un presente continuo. (Verón, E.1987 : V). Esta construcción tiene fundamentalmente una estructura narrativa en tanto lo real social es construido a través de relatos que ponen en escena conflictos sociales que se desarrollan temporalmente en tramas previamente codificadas. La forma narrativa asegura, como dice H. White, la realidad de los acontecimientos relatados en tanto un narrador autorizado, para describirlos caracterizarlos y evaluarlos, los ubica en un marco de sentido y los comunica a un destinatario. (Hyden White:1987: 37). Las narrativas de lo real requieren la voz de un sujeto autorizado moralmente para hacerse creíbles, por lo que su ejercicio debe entenderse como una práctica social que confiere poder/control social a quien la usa en la medida en que el narrador queda investido de los valores y legitimidad necesarios para tomar la palabra. (Mumby.1997: 72)

La noción de "narrativa³" es un concepto importante para analizar el modo en que los medios y en particular el discurso de la actualidad produce esa trama simbólica que construye el *presente social en devenir*" (Verón, E, 1987:V) pues sobre el registro de acontecimientos del relevancia social, intentan "develar" sus significados, conformando marcos interpretativos, cuyas tramas le dan coherencia y sentido. Si bien la noción de narrativa está estrechamente vinculada al lenguaje oral y escrito y a las estructuras del relato por las que esta materialidad discursiva organiza la comprensión del mundo, es de suma productividad su aplicación al análisis de los relatos mediáticos que son discursos complejos (imágenes, textos, audio, etc.) desde los cuales hoy nuestra cultura configura gran parte de su presente.

El discurso de la actualidad funciona narrativamente porque el relato del mundo social es fundante en la medida en que se ubica desde el presente, desde la contemporaneidad de la experiencia de los interlocutores⁴. Esta capacidad performativa, -que es posible en la medida en que construye un presente compartido entre enunciatario y enunciatario-, vincula el funcionamiento de las narrativas mediáticas con la problemática del control social⁵, puesto que los periodistas y comunicadores mediáticos cuentan con autoridad cultural para ser narradores de los acontecimientos del mundo real y además en muchos casos para "determinar narrativamente las versiones preferenciales" (Zelizer, B:190 en Mumby 1999)

Los relatos de los acontecimientos de diciembre fueron desordenados y episódicos, pero mantuvieron en todos los casos una estructura narrativa de actualidad que les dio orden y coherencia a partir de tramas articuladas en torno a la épica, la tragedia, la gesta y del uso de géneros periodísticos narrativos tales como la crónica policial, la entrevista política y el informe especial. Pero el papel de la narrativa se hizo particularmente importante en las conmemoraciones del 2002 y del 2003, puesto que allí se pusieron en juego las distintas versiones de lo ocurrido, poniéndose en disputa distintos valores cognitivos y legitimidades discursivas para imponerlas.

Memorias de diciembre y control social

La relación entre estos acontecimientos y las narrativas de actualidad no se reduce a su momento performativo de emergencia social, sino que se hace extensiva a sus conmemoraciones posteriores. La lógica discursiva de la actualidad y sus tramas son también la matriz desde la cual fueron rememorados. Las memorias mediáticas de 2002 y de 2003 fueron producidas desde esta formación discursiva, los acontecimientos se conmemoraron desde la urgencia del presente de la actualidad y desde estos discursos los medios iniciaron un proceso de constitución de memoria caracterizado por cierto tono de efeméride, más vinculado al calendario mediático que a las demandas sociales de memoria expresadas por distintas agrupaciones políticas en las manifestaciones y actos callejeros.

Si bien, todo proceso de memoria se realiza desde las condiciones del presente, (Jelin, 2002, Pollack) el papel que juegan los medios en la definición de los sentidos y las memorias sociales debe contemplar a esta formación discursiva propia de la cultura de los medios como un marco significativo fundamental, como un horizonte de sentido. Las conmemoraciones mediáticas de los acontecimientos de diciembre de 2001 pueden considerarse como parte de lo que Bernard Stiegler denomina el "proceso global de exteriorización de la memoria" que estaría estructurado por modelos y lógicas que definen el conocimiento del mundo. Son formas de "organizar la memoria colectiva" que estarían en manos fundamentalmente de los medios de comunicación masiva. (Stiegler, B en Derrida, J.1998)

El papel que juegan los medios electrónicos y digitales en la conformación de las memorias colectivas es una temática poco explorada y no se ha estudiado lo suficiente, no obstante, en la última década el fenómeno ha comenzado a ser reconocido fundamentalmente vinculado al estudio de la temporalidad contemporánea. En términos generales, los medios masivos se asocian a la aceleración de la experiencia del tiempo contemporáneo y a la aniquilación de las memorias. La centralidad del presente contemporáneo como temporalidad hegemónica está claramente vinculada al desarrollo de lo que Derrida llama la "teletecnodiscursividad mediática".

No obstante, se plantea correlativamente un proceso aparentemente opuesto y es lo que P. Nora designa como "la era de la conmemoración" (en Jelin.:2002: 3), que se caracteriza por una invasión del pasado en el presente que lo disloca, lo desarticula, exigiéndole reinterpretaciones y respuestas constantes que se expresan en infinidad de prácticas de conmemoración. En algunos casos, el exceso de presente de nuestra época termina por convertir a esas memorias, en meros recordatorios, sin más significado que el de una efeméride, el de una fecha congelada, cuyos sentidos no se renuevan o están controlados en rituales. Este último funcionamiento parece estar predominando en los medios masivos que construyen calendarios anuales que deben ser "llenados" con recordatorios. Sin embargo esos procesos de estabilización y control de los sentidos están siempre amenazados por el pasado mismo y por otras memorias públicas que disputan otros sentidos e intentan imponer otros rituales. Como dice Jelin: "En la medida en que hay diferentes interpretaciones sociales del pasado, las fechas de conmemoración pública están sujetas a conflictos y debate". (Ibid.:52).

Nuestra hipótesis señala que las conmemoraciones mediáticas, al plantearse en su estructura como discursos performativos⁶, imponen memorias. Memorias que serán reapropiadas por los grupos sociales y resignificadas de distinta manera. Los acontecimientos que estamos analizando fueron convertidos tempranamente por los medios en pasado, cuando aún sus ecos no habían cesado y los reclamos sociales que los generaron seguían sonando. La intención mediática de recordarlos como parte del pasado es un mecanismo de control y de desactivación política. La conmemoraciones de 2002 muestran con claridad esta tensión entre el tratamiento documental televisivo y las manifestaciones públicas.

Los medios generan sus propias memorias al instalar en la esfera de lo público y lo actual relatos del pasado fuertemente condicionados por sus rasgos tecnodiscursivos. Estos dispositivos de memoria son antes que nada empresas privadas que se rigen por una lógica de funcionamiento comercial y que, más allá de la pretendida estrategia de "objetividad" que parece guiarlas, es posible identificar, sin demasiada sutileza, con determinados lineamientos político-ideológicos. Los medios como espacio de memoria, como archivos de lo social prefiguran los imaginarios de lo memorable no sólo por la selección temática que hacen de los acontecimientos que merecen ser recordados, sino también por el modo en que esas memorias son narradas y por las lógicas de interés que las regulan. Al respecto A. Mattelart señala: "Con el desarrollo del ciberespacio global se plantea la cuestión de la modelización del conocimiento por una sociedad hegemónica, con el riesgo de realización de un recorte selectivo con respecto a su propia memoria colectiva". (Mattelart, A.1999: 120) En tal sentido, el autor plantea la tensión que produce en el espacio público la instauración de la empresa privada y de la lógica de mercado como un actor preponderante que define las reglas generales de gestión de los asuntos públicos. Esas reglas son básicamente enunciativas y retóricas, definen quiénes pueden hablar, en

qué espacios y tiempos y de qué modo pueden hacerlo acerca de los asuntos de orden público.

La imbricación público/ privado, característica de nuestra época, debe leerse en relación al lugar que ocupan los medios en las memorias colectivas en términos de asuntos públicos / intereses privados. Esos intereses privados son sostenidos por grupos sociales específicos, grupos empresarios, políticos y profesionales que se constituyen como los únicos narradores autorizados y legítimos de acontecimientos políticos de relevancia social y pública. Este punto es central para comprender la compleja dimensión social y política de las narrativas mediáticas que participan en la constitución del espacio público, en la medida en que, como señala B. Zelizer "desempeñan un rol instrumental en la definición de construcciones preferenciales de la realidad" (Zelizer, B en Mumby.1997: 247)

Las conmemoraciones mediáticas que estamos analizando son construcciones de sentido hegemónicas no sólo porque implican una selección de los acontecimientos recordados sino porque se muestran como las únicas versiones autorizadas de esos hechos. Es por eso que estos discursos y sus sentidos preferenciales pueden convertirse en parte no sólo de las memorias colectivas, en tanto argumentos, contenidos o lógicas discursivas para interpretar y recordar esos hechos⁷, sino también en "capítulos" de la historia del país.

Por ello, el estudio de estas narrativas puede entenderse como el estudio de las memorias colectivas de un grupo social en particular, el de los emisores, el de las empresas periodísticas. Este grupo, a diferencia de otros, cuenta con una amplia capacidad de "exteriorización" y difusión de sus memorias y con un vasto poder de imposición simbólica, que contrasta con otras organizaciones incluyendo al Estado, que pueden tener interés o voluntad de memoria respecto de los mismos acontecimientos. Esto no implica que los espectadores asuman estos relatos como verdades absolutas e indiscutibles para convertirlos en sus propias memorias. Estos procesos de apropiación deben ser estudiados en toda su complejidad y requieren de otros abordajes teóricos y metodológicos. Entre ellos, podemos citar los estudios de reconocimiento (Verón.1987) o de recepción (Morley.1995) y los estudios antropológicos que analizan, en su propio contexto y según sus propios condicionantes, las prácticas y sentidos que generan los espectadores y consumidores de medios.(Grimson.2002)

Este análisis, entonces, toma como objeto de estudio, las memorias producidas por los periodistas, productores y editores, en los informes especiales difundidos en los medios argentinos durante el 2002 y el 2003 con el propósito de conmemorar los acontecimientos de diciembre de 2001. La hipótesis central apunta a señalar con B. Zelizer, que estos emisores, en tanto enunciadores públicos, ejercen el control social a través de los relatos que producen sobre los acontecimientos del "mundo real". Esa modalidad de control social implica básicamente el poder de imponer la versión legítima de los hechos sociales, en tanto relatos verdaderos producidos por sujetos autorizados en el espacio público.

Más allá de la puja por imponer las propias versiones y significados es posible reconocer ciertas lógicas compartidas que permiten definir a esos sujetos como una "comunidad interpretativa" en tanto grupo social que mantiene su cohesión a través de sus narrativas, sus relatos y su retórica colectiva". (Zelizer, B. 1997: 248) La hipótesis de Zelizer apunta a señalar que la autoridad cognitiva de este grupo proviene de las propias retóricas de auto legitimación entre las que se destaca la capacidad de *definir el significado* de los acontecimientos, más que describir los hechos mismos. (en Mumby.1997: 246)

Memorias mediáticas y presente político

No es posible analizar las memorias mediáticas, de acontecimientos traumáticos de gran impacto para la sociedad, de modo aislado, sin considerar qué papel juegan otras instituciones que compiten por imponer sus propias memorias, versiones y rituales de conmemoración respecto de los mismos acontecimientos. Los medios son aparatos discursivos hegemónicos⁸, pero no operan solos en la cultura, sino que deben disputar esa hegemonía constantemente reforzando o acallando otras versiones o apropiándose de ellas en un complejo juego intertextual. Las conmemoraciones de los acontecimientos de diciembre de 2001 en Argentina, han sido, en los dos años subsiguientes a estos hechos, patrimonio de la sociedad civil organizada y de los medios de comunicación. El Estado, frente a estos ejercicios de memoria colectiva, aparece como una entidad ausente poniendo en evidencia su clara voluntad de olvido o negación y su intención de no dejar huella o estría en el "espacio liso"⁹ de memoria que construyen los medios masivos. Esta situación exhibe con claridad el defasaje temporal fundamental que se plantea entre ambas instituciones, defasaje que no implica necesariamente oposición o antagonismo entre medios y Estado, sino funcionamientos discursivos y lógicas enunciativas distintas pero muchas veces compatibles en términos políticos. Esta tensión puede analizarse con bastante claridad en la relación medios-menemismo, particularmente en la segunda presidencia¹⁰ donde es posible reconocer cierta lógica compatible y funcional en tanto las denuncias mediáticas trazaron narrativas de la corrupción sin una sanción legal final que terminaron por operar más como lugar de "escenificación del poder" que como estrado judicial.

Toda conmemoración en el espacio público es "objeto de disputas y conflictos" porque pone en juego interrogantes como los que plantea Jelin : "¿Qué fechas deben ser conmemoradas? O en otras palabras, ¿quién/es quiere/n conmemorar qué? " (Jelin.2002^a:2).

Diciembre 2001 fue tempranamente llevado al pasado por los medios, y esta operación discursiva, en apariencia ajena a la voluntad del Estado, contribuyó a la creación de un clima social de "pacificación" , desmovilización y "re-ordenamiento" institucional compatible con el programa político de Duhalde en2002 y a cierto imaginario de la reconstrucción nacional y la solidaridad expandida más funcional a la estrategia política del gobierno de Kirchner en 2003. Si bien no es posible hablar de un vínculo directo entre intereses políticos y mediáticos, sí lo es reconocer cierta confluencia de poderes y ciertas lógicas políticas compatibles.

Los acontecimientos de diciembre de 2001 no sólo fueron rememorados por los medios, sino que fueron "narrados" en su constitución misma en tiempo real por la radio y la TV. Este relato "en vivo y en directo", -más allá de las "desprolijidades" propias del momento, de las excepciones discursivas referidas a los formatos típicos de la transmisión,- se hizo sobre una retícula previa. Estos recursos discursivos previos, son las estrategias con que cuentan periodistas, camarógrafos, editores y directores de programación para enfrentar el desafío de "seguir al acontecimiento donde éste se presente". Este imaginario de la transmisión neutral está aún fuertemente arraigado en el discurso periodístico y se hizo particularmente evidente en las emisiones televisivas del 19, 20 y 21 de diciembre de 2001. Los cronistas callejeros y los conductores que estaban en piso recurrieron constantemente a estas estrategias articuladas en torno a la neutralidad de la transmisión y en el registro "en bruto" de los hechos para legitimar sus discursos. En tal sentido, el argumento central de las narrativas de autolegitimación de los relatos en vivo se construyó en torno a la capacidad técnica de cada canal por "registrar" lo que estaba ocurriendo, más que en torno a las competencias comunicativas o interpretativas de sus periodistas. Se ostentaron valores tecnodiscursivos, -tales como la cantidad de cámaras y la posibilidad de transmitir simultáneamente y en directo los variados escenarios del conflicto (manifestaciones callejeras, enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad y manifestantes, cacerolazos, saqueos, comunicados del gobierno, expresiones de políticos, etc;) - por sobre valores vinculados a la objetividad o a las capacidades intelectuales de los periodistas.

La simultaneidad, la transmisión en directo, la cobertura diaria que realizaron los medios de esos acontecimientos no debe impedir el reconocimiento de "su hechura ficcional", de su construcción discursiva previamente condicionada por los formatos, los géneros, las narrativas, los estilos, pactos de lectura y los poderes que definen a los medios masivos como dispositivos de poder-saber. Derrida señala esta compleja relación entre medios, presente político y espacio público: "¿Quién pensaría su tiempo hoy y, sobre todo, quién hablaría de él, les

pregunto si en primer lugar no prestara atención a un espacio público, por lo tanto a un presente político transformado a cada instante, en su estructura y contenido por la teletecnología de lo que tan profusamente se denomina información o comunicación? (Derrida, J.1998:15)

En tal sentido, la situación de quiebre institucional vivida en diciembre de 2001 se presenta como un fenómeno particularmente interesante para reflexionar sobre el funcionamiento de los medios masivos en tanto la urgencia e imprevisión de los acontecimientos llevaron al extremo su dispositivo narrativo noticioso, centrado tanto en la primicia como en el testimonio.

A pesar de cierto desorden en los relatos, es posible percibir la emergencia de un estilo documental en las crónicas mediáticas de esos días, que estaban atestiguando acerca de la gravedad de los acontecimientos. Este estilo documental y realista se adueño de la pantalla a lo largo del año 2002 dejando de lado cierto tono irónico y paródico predominante en los años previos.

Los relatos en directo trabajaron con la antinomia gente / políticos, entendiendo por "gente" ciudadanos, vecinos de buena voluntad cansados de la corrupción de "la política", mientras que por "políticos" se caracterizaba a todo quienes tienen una actividad vinculada al gobierno o a algún partido político, rol cargado de una deixis negativa centrada en el interés personal y la ambición. La situación se caracterizó como caótica, desordenada y confusa destacándose, en todos los relatos el carácter de "novedoso" e inédito de la situación, salvo en los relatos iniciales de los saqueos del 19 de diciembre donde se alentó una lectura en clave de retorno de los acontecimientos que pusieron fin al gobierno de Alfonsín en 1989. De igual modo cierto tono escatológico se hizo dominante en los relatos, en tanto el fin parecía haber llegado de la mano de un *pathos* complejo dominado por la furia y el desconsuelo. Frente a este panorama desolador, donde el poder político aparecía como inoperante- Un policía decía al periodista de un canal de noticias, en medio de un saqueo: "Claro para los que están arriba es fácil decir controlen la situación pero no repriman, pero mire esto es imposible...." - el poder mediático emergió como el único dispositivo apto para controlar los acontecimientos, hacerlos visibles, públicos e identificables.

El poder mediático encuentra su fundamento en el poder tecnológico sobre el que, posteriormente, construye su propia voluntad de dar visibilidad al reclamo social, de hacerlo público y publicable.

Narrativas de conmemoración: la naturalización del directo

Las narrativas mediáticas de conmemoración ponen en juego con particular evidencia esta capacidad interpretativa de los acontecimientos, en tanto los acontecimientos mismos ya ocurrieron y en el presente del relato conmemorativo, no sólo se describen sino que fundamentalmente se analizan sus significados, implicancias, causas y efectos. Estos marcos interpretativos que construyen los emisores mediáticos ponen en juego sus visiones de mundo, definen las temáticas públicas dominantes, conforman gnoseologías, refuerzan doxas previas y van conformando un repertorio de contenidos y memorias políticas que al presentarse en formato de archivo mediático, adquieren un estatuto de documento cuya verdad queda naturalizada.

Planteamos, a modo de hipótesis, que las conmemoraciones mediáticas manifestaron una voluntad de control social, de imposición de un orden, de un ordenamiento y clasificación del caos con que se habían presentado los acontecimientos en diciembre de 2001. En ese marco regulador de los sentidos, es posible reconocer que:

1. En las conmemoraciones de 2002 los medios desarrollaron narrativas de constatación (*esto fue lo que ocurrió*) y disciplinamiento (*ocurrió de este modo*) de los acontecimientos, definiendo con claridad una cronología pasado-caos/presente-orden. A pesar de las variaciones es posible reconocer en todas las conmemoraciones una voluntad de ordenamiento cronológico, que trabajó sobre el eje de la recuperación documental y la confirmación de los acontecimientos. Los acontecimientos de 2001 pusieron en crisis el modelo denunciante que auto-instauró a la prensa como fiscal y al poder político como contrafigura negativa. La crisis de diciembre de 2001 y su resolución en el gobierno de Duhalde plantearon nuevas condiciones socio-políticas, que redefinieron el papel político jugado por los medios, que como estrategia discursiva general bajaron el tono crítico sustituyéndolo por un tono de compromiso social y "reconocimiento de esta nueva realidad". Este cambio discursivo respecto del tono denunciante del año anterior, se expresa con claridad en las conmemoraciones de 2002 que trabajaron sobre:
 - El ordenamiento cronológico en una temporalidad lineal con un inicio definido (el 19 de diciembre) y un final identificable en la asunción de Duhalde.
 - La testificación referencial de esos acontecimientos, por medio de documentos del año anterior y por medio de entrevistas a testigos de los acontecimientos: comerciantes damnificados, manifestantes agredidos, familiares de víctimas de la represión.
 - Recuperación de una posición enunciativa neutral y objetivista
 - Inestabilidad en la denominación del acontecimiento: cacerolazo, estallido, crisis, caída de De La Rúa.
 - Tono documentalista y dramático
 - Inicio de una narrativa de la solidaridad expandida como espíritu de época¹¹.
2. En las conmemoraciones de 2003 los medios trabajaron narrativas de comprensión e interpretación guiadas por cierta búsqueda utópica de "lo nacional". En tal sentido las conmemoraciones se plantearon como intentos de encontrar la clave de comprensión de la identidad nacional, razón por la cual se evidenciaron claras disputas en el escenario mediático entre quienes ubicaban a estos acontecimientos como parte de una historia autoritaria de la nación, como intento revolucionario de transformación radical o como expresión de una vieja dicotomía entre civilización (clase media-apolítica) y barbarie (clase baja manipulada por punteros políticos). En 2003 es posible reconocer una intensificación del tono crítico del relato mediático que articuló con el registro de la denuncia-sin-efectos-jurídicos predominante en el escenario mediático entre 1995 y la caída del gobierno de De La Rúa. Este tono crítico es recuperado, en las narrativas mediáticas, en 2003, pero desde cierto componente utópico y programático que estaba ausente el año anterior. Las narrativas de conmemoración de 2003 se proponen comprender y explicar lo que ocurrió en el marco de un clima de reconstrucción de la identidad nacional y de un imaginario de la solidaridad ya consolidado. Sus principales características discursivas son:
 - Definición de un eje de sentido que explique la cronología de acontecimientos
 - Búsqueda de indicios que justifiquen las narrativas desarrolladas
 - Tono crítico y didáctico
 - Posición enunciativa centrada en la autoridad cognitiva y la superioridad ética de los periodistas-enunciadores
 - Identificación de causas: pobreza, violencia, destino nacional, complot político, ineficacia del gobierno, espontaneísmo de la clase media.
 - Temática unificada en un personaje: La nación como sujeto pasivo (de estado) que sufre la crisis.
 - Consolidación de un imaginario utópico centrado en la solidaridad como valor eufórico y en la política como valor

disfórico.

En líneas generales es posible reconocer un procedimiento discursivo similar en el trabajo mediático de la memoria de 2002 y 2003 que nos permitirá plantear algunas características generales. Nos referimos a la naturalización del directo y a la legitimación de ese discurso como **registro de lo real**. Este ejercicio mediático de la memoria, más allá de las intencionalidades políticas de cada relato, obedece en parte a un funcionamiento ritual de autolegitimación. Los medios se citan a sí mismos como prueba de realidad, como registro y documento histórico. Esta intertextualidad endógena, tan presente en los informes televisivos de conmemoración, donde los canales y programas se citaron unos a otros, refleja más que una autorreferencialidad mediática, una naturalización indiscutida del relato de los medios. Es decir, que el discurso mediático, más que construir un mundo propio o virtual, como plantean algunos teóricos como Baudrillard, anula los procedimientos de referencialidad y se constituye como documento que funda realidad, como vestigio de lo real, como índice o huella.

Por ello, como primera característica, podemos decir que las memorias mediáticas funcionan como mecanismo de legitimación de los medios al "naturalizar" sus discursos en directo como prueba de realidad. Esta voluntad de memoria es en primer lugar voluntad de autenticación.

La naturalización del discurso en directo que operan estas narrativas, se sustenta en la anulación de los procedimientos enunciativos, retóricos y narrativos de construcción de acontecimiento y toma al relato por el hecho mismo. Es decir que en lugar de trabajar sobre el eje de la verdad o la falsedad del relato trabaja sobre la fuerza de imposición del mismo. No se pone en juego si el relato es verdadero o no, se lo toma por un hecho o como una huella de ese hecho. El acontecimiento es el registro del mismo. Por eso este funcionamiento es performativo¹², en la línea de Austin-Derrida, pues la designación, el relato construye la presencia del referente. No hay un referente previo, externo o ajeno como en el caso de los constataivos, sino que los procedimientos discursivos de designación lo producen. Derrida señala "la ausencia del referente es una posibilidad admitida con bastante facilidad hoy día" (1971, 1989: 359). Esa posibilidad no es sólo una eventualidad empírica, sino que construye la marca, "y la presencia eventual del referente en el momento en que es designado" (ibidem,360). Estos discursos performativos, que construyen "real" son retomados por las narrativas de conmemoración y utilizados como enunciados constataivos, es decir enunciados que afirman algo respecto a referentes que son externos. Dicha operación "naturaliza" el propio discurso citado al tomarlo como prueba de real. A modo de ejemplo: el formato dominante de los informes especiales de conmemoración realizados en el 2002 fue el de la crónica. Esta narrativa cronológica se impuso como modalidad de comprensión de esos acontecimientos, ordenando los "hechos" linealmente. Estos "hechos" (saqueo, manifestaciones, represión, estado de sitio, cacerolazo etc.) fueron tomados en el relato de la memoria, como entidades autónomas respecto del propio discurso, como enunciados constataivos, documentos que describían acontecimientos y no como enunciados realizativos, que en el momento de su emisión en directo se usaron y funcionaron como performativos fundando realidad.

Aquí es necesario señalar como segundo *rasgo defuncionamiento de estas memorias mediáticas* *casu temporalidad iterativa que necesita de la autocita como fundamento*. Si bien es posible reconocer una transformación notable entre las memorias de 2002 y de 2003, debido a los cambios del contexto político, el recurso a la cita documental de los archivos generados en 2001, es un rasgo que se repite en ambos recordatorios mediáticos. La cita de documentos mediáticos, es la gran narrativa de base de las memorias mediáticas de 2002 y 2003. La cita iterativa, como un procedimiento automático que se dispara solo, es un rasgo que construye una memoria con un sustrato maquinal. Nuevamente aquí el dispositivo tecnológico de registro y captura es fundamento de veracidad de las narrativas de conmemoración posteriores, cuyo propósito es interpretar y explicar a los públicos esos documentos construyendo nuevos marcos de sentido para ubicar los acontecimientos.

Como tercer rasgo de las memorias mediáticas señalamos, siguiendo a B. Zelizer que "La legitimidad para dar a conocer perspectivas autorizadas sobre los acontecimientos se funda retóricamente, en la auto legitimación previa de los periodistas a través de la retórica que utilizan para transmitir las noticias-historias" (op. cit.: 245) en directo. Denominaremos a ese conjunto de rasgos como *retórica del directo*.

Retórica del directo

La retórica del directo define dos aspectos vinculados de las memorias mediáticas.

El primero es la centralidad del presente como temporalidad dominante que estaría generando, - lo que Vattimo señala como- "una presentificación total del pasado de nuestra civilización (o de toda civilización)" (Vattimo, G.1998:82). Los medios inciden en los procesos de memoria colectiva pues sus dinámicas semióticas ancladas en el presente precipitan a los acontecimientos, de impacto social, a un pasado-presente que constantemente se reactualiza en el discurso de la actualidad. Las conmemoraciones mediáticas de acontecimientos, que pueden ser denominados como "catástrofes sociales"¹³, aceleran estos procesos y le imprimen un carácter hegemónico pues reducen, al punto de hacerla desaparecer, la distancia temporal necesaria entre pasado y presente que haría emerger interpretaciones alternativas. Esta ventaja temporal de los medios respecto de otras instituciones, tiene un poder performativo en la medida en que configura imágenes-imaginarios de esos acontecimientos con una fuerte capacidad de imposición simbólica, por sobre otras versiones posteriores. Jelin señala que para América latina en particular el período de consolidación del Estado-Nación, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, fue un momento especialmente significativo para la instalación de prácticas conmemorativas (Jelin.2003:3). Se instauró en ese período, una "historia oficial" con rituales, héroes, fechas y símbolos patrios, que consolidó sentimientos de pertenencia a una "comunidad imaginada" donde la prensa fue un elemento que colaboró junto otros como la implantación del idioma nacional y de instituciones estatales.

En la actualidad la construcción de la memoria nacional no es un espacio unificado por la voz del Estado sino que es un espacio en pugna donde grupos subalternos, cuestionan y contradicen la "historia oficial" y donde los medios no sólo atraviesan esas disputas sino que las hacen públicas, las configuran, las ocultan y las provocan. A diferencia del período señalado, los medios ya no acompañan al estado-nación sino que parecen sustituirlo y desplazarlo en su tentativa de estabilizar los sentidos de acontecimientos significativos y de controlar sus efectos disruptivos. Las conmemoraciones de 2002 exhiben con claridad esta situación, pues a pesar de las diferencias ideológicas y políticas presentes en los distintos medios y programas, es posible reconocer una gran narrativa común. Esta narrativa se articuló sobre la isotopía caos - orden, en una clara línea cronológica entre **pasado (2001) y presente (2002)** donde el héroe (implícito y no nombrado) era el poder ejecutivo encarnado por E. Duhalde, que había rectificado la situación inicial de desorden popular e institucional. Los acontecimientos de diciembre se interpretaron como hechos puntuales y encadenados, con inicios claramente identificables: (descontento popular expresado en manifestaciones y saqueos), nudos dramáticos específicos (represión, revueltas, estado de sitio y cacerolazos), suspenso argumentales (renuncia de Cavallo y De la Rúa, la saga presidencial de Puerta- Rodríguez Saa-Puerta) y un final agitado pero preciso: la asunción de E. Duhalde. Todas las conmemoraciones cesan cuando inicia el gobierno de Duhalde, en esa fecha identifican el fin del caos, por lo que implícitamente este gobierno se instaura en el rol heroico.

Desde un discurso centrado en un presente continuo, como posición enunciativa dominante, las conmemoraciones mediáticas funcionaron como un mecanismo de control y estabilización social en la medida en que esos acontecimientos fueron claramente tipificados como perteneciendo al pasado y ya finalizados. Este tono histórico dominante en los informes mediáticos recordatorios de diciembre 2001, contrasta

con las conmemoraciones callejeras, transmitidas por la TV y la radio en directo, cuyas interpretaciones de esos hechos son radicalmente distintas a las mediáticas, más allá de las inclinaciones políticas. Estas memorias con claridad ubican a los acontecimientos como parte de un proceso no finalizado cuyas deudas y reclamos justifican la conmemoración.

Por su parte las versiones mediáticas le imprimen un precipitado "aroma ya histórico" (Nora, P.:84) que contrasta claramente con el tono de urgencia y persistencia de los reclamos de las conmemoraciones de la sociedad civil (piqueteros, agrupaciones políticas, sociales y culturales) en un espacio público donde el silencio del Estado y el *establishment* político durante 2002 dejó vacancias que los medios supieron capitalizar. El presente desde el cual los medios construyen sus conmemoraciones es el del "orden recuperado", imaginario que antagoniza claramente con el de familiares de las víctimas de la represión, grupos piqueteros y participantes de asociaciones civiles que refieren sus memorias a un presente aun convulsionado que las memorias mediáticas prefieren ignorar.

2. El segundo aspecto vinculado a la retórica del directo es el reconocimiento de una operatoria particular del discurso de la actualidad que puede denominarse "función archivística", en tanto, todo relato mediático del presente implica también su registro y su memoria. En este punto presente y memoria se vinculan de un modo particular en la capacidad de generar archivos, de dar testimonio¹⁴ de lo que se relata simultáneamente con la narración del acontecimiento. Este aspecto introduce una disyunción temporal en el presente porque en su misma constitución introduce un tiempo pasado, un tiempo de archivo y un futuro en el que ese archivo se puede reproducir. La función archivística de los medios plantea una relación conflictiva con las memorias colectivas pues se haría presente allí donde la memoria está comenzando a desvanecerse o aun no ha comenzado. (Derrida, J. 2002) pues como *suplemento mnemotécnico*, se opone al carácter experiencial y vivencial de todo proceso de memoria. (Schmucler, H. 2000, Jelin, E. 2002, Arfuch, L. 2000).

Esta "memoria mediática.", puede ser analizada a la luz de las consideraciones de J. Derrida respecto de la función arcóntica¹⁵, (comentario 1)

(Comentario 1) - En cierto modo el vocablo remite, razones tenemos para creerlo, al *arkhé* en el sentido *físico, histórico u ontológico*, es decir, a lo originario, a lo primero, a lo principal, a lo primitivo, o sea, al comienzo. Pero aún más, y *antes aún*, «archivo» remite al *arkhé* en el sentido *nomológico*, al *arkhé* del mandato. El origen de la pal a el derecho de hacer o de representar la ley. Habida cuenta de su autoridad públicamente así reconocida, es en su casa entonces, en ese *lugar* que es su casa (casa privada, casa familiar o casa oficial), donde se depositan los documentos oficiales. Los arcontes son ante todo sus guardianes. No sólo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos. Tienen el poder de *interpretar* los archivos. Confiados en depósito a tales arcontes, estos documentos dicen en efecto la ley: recuerdan la ley y llaman a cumplir la ley. Para estar así guardada, a la jurisdicción de este *decir la ley* le hacía falta a la vez un guardián y una localización. Ni siquiera en su custodia o en su tradición hermenéutica podían prescindir los archivos de soporte ni residencia."

propia de todo archivo, que pone en juego tres dimensiones vinculadas entre sí: (a) la *topológica*, en tanto el archivo es soporte físico, espacio y domicilio, (b) la *nomológica* en tanto implica una autoridad hermenéutica, que "hace la ley o hace respetar la ley" y (c) la *de consignación*, en tanto junta, liga por medio de signos, designa, identifica y clasifica. Estas tres dimensiones son de suma utilidad para analizar el trabajo realizado por el archivo mediático sobre los acontecimientos de diciembre 2001 en tanto:

1. Los medios y particularmente la pantalla de TV funcionaron como "el lugar" de emergencia pública y compartida de los acontecimientos y los que le dieron la relevancia nacional, a pesar de la focalización en Buenos Aires. Esa dimensión topológica del archivo mediático es sobre la que operó la naturalización posterior que realizaron las conmemoraciones mediáticas, en tanto tomaron ciertos registros mediáticos por los hechos mismos. En tal caso la toma en picado en la que De la Rúa es llevado en helicóptero de la terraza de la Casa Rosada luego de la renuncia fue utilizada en todas las conmemoraciones para ilustrar el relato de la renuncia misma del gobierno de la Alianza.
2. La función nomológica, y hermenéutica es quizás la dimensión fundamental sobre la que trabajaron frente al estampido del acontecimiento instaurándose como el único espacio autorizado para "descifrar", "comprender" y dar a conocer lo que estaba ocurriendo. Pero esta dimensión se hizo particularmente central en las conmemoraciones de 2002 y 2003 donde el intento principal fue el de dar orden a los hechos, ubicarlos en una trama coherente y aplicarle criterios de comprensión tales como confabulación política (Telefé, América), emergencia de la clase media (canal 13), fin de la política/ausencia de autoridad (Canal 9)
3. Poseer los archivos propios de los acontecimientos le permitió a las conmemoraciones mediáticas desarrollar la capacidad hermenéutica de identificar en esos documentos indicios para re-designar lo ya registrado en el documento (por ejemplo el relato de un cronista de TN-canal 13 del cacerolazo del 20 de diciembre de 2001: - "Esto es la *manifestación espontánea* de la "gente" que ya está cansada de que le mientan, todos se acercan a la plaza, madres, niños") y justificar de ese modo las hipótesis y argumentos explicativos, ampliamente desarrollados en las memorias de 2003 y esbozados en las de 2002. (Por ejemplo: "a un año ya de la *participación espontánea* de la gente"). Esta capacidad de designar, con-signar, clasificar y denominar es un procedimiento ampliamente explotado por los medios que se sustenta, como dijimos en la competencia técnica de atrapar el acontecimiento sobre la que se sostiene, el menos en el caso de la TV, las competencias comunicativas de sus periodistas. De este modo programas como CQC, Kaos en la Ciudad, Punto doc¹⁶. Construyen la autoridad hermenéutica de sus conductores para dar su versión de los acontecimientos sobre el dominio de la técnica de registro audiovisual, sobre la edición y el trucaje que les permite "editorializar" sobre el "bruto"¹⁷. Las conmemoraciones de esos programas trabajaron la idea de construir narrativas alternativas y críticas respecto de los informes especiales hechos por los noticieros tradicionales. Pero esa lectura alternativa se hizo en la postproducción y en la edición de los documentos generados por los informativos un año antes. Estos documentos fueron tomados como "bruto", como los hechos mismos, ignorando todo el trabajo narrativo previo de los medios. De este modo los medios se confirman a si mismos, aun en aquellos programas que parecen deconstruir al propio medio y plantear otras políticas de información.

División del trabajo

La prensa gráfica desplegó funciones narrativas distintas a la radio/TV mientras se desarrollaban los acontecimientos en 2001. En tal sentido, debido a la dislocación temporal, trabajó sobre el eje de la constatación y jerarquización de los acontecimientos. Para ello debió definir con rapidez criterios de relevancia y clasificación. Este defasaje temporal le permitió indagar en posibles diagnósticos de la situación y definir hipotéticos pronósticos. Así, estos medios contaron con una unipolaridad más amplia que los otros, la que les permitió trabajar con marcos de clasificación mas complejos en términos de causas y efectos de los acontecimientos. Sin embargo esta selección debió disputarle a la TV su capacidad icónica de definir con rapidez las postales más significativas que después pasaron a ser parte del imaginario colectivo. La imprevisibilidad de los acontecimientos, las lógicas y dinámicas sociales que se desataron, definieron que la TV fuera el medio que hegemonizó la cobertura. Esta centralidad informativa favoreció una naturalización de su discurso que fue tomado también por todos los medios como documento y registro neutral.

Una cierta división del trabajo discursivo de la memoria parece haberse planteado en 2002. Mientras la TV definió básicamente narrativas cronológico-documentalistas que apuntaron a ordenar la simultaneidad y el desorden de la transmisión en directo del año anterior, los medios gráficos funcionaron como espacio de análisis y reflexión no sólo de los "hechos" sino también de su relevancia e implicancia social.

En 2003 emergió con claridad en el discurso televisivo una voluntad hermenéutica y de editorialización, que intensificó aun más el "olor a humedad" que los medios rápidamente le adscribieron a estos acontecimientos, clausurándose posibles sentidos vinculados al presente. Este "aroma histórico" se potenció con la conmemoración del 20 aniversario del retorno democrático que operó como acontecimiento central en las

memorias de la prensa gráfica y la radio, mientras que en la TV no adquirió tanta relevancia. Al sumarse los acontecimientos de diciembre de 2001 a la vuelta de la Democracia, se ubicó a estos hechos como una etapa conflictiva más en una compleja gesta nacional por llegar a un estado equilibrado de Derecho. Las rememoraciones suturaron los sentidos dándoles una coherencia cronológica y narrativa que originariamente no habían tenido, en la medida en que la contemporaneidad con el fenómeno no permitió que los medios pudieran ir trazando cronologías o relaciones casuales en directo.

A pesar de las diversas narrativas que desarrollaron prensa, radio y TV en las conmemoraciones, es posible reconocer una operatoria hegemónica dominante y compartida centrada en el abordaje de la crisis institucional como un conjunto de hechos puntuales, encadenados y finalizados en sus componentes disruptivos, conflictivos y violentos.

En su trabajo sobre la memoria los medios trabajan para autolegitimarse, para fortalecer el imaginario tecno-discursivo sobre el que sostienen su poder de imposición simbólica. Este procedimiento es un modo de ejercicio del poder y del control social y discursivo que tiene profundas implicancias políticas en tanto producen narrativas que tienen a la Nación como sujeto histórico central. Así en 2001 el trabajo discursivo exhibía con claridad un imaginario caótico de Nación, donde el desorden, la crisis terminal y la fractura del pacto social eran el topo dominante.

En 2002 un imaginario pacificador se adueñó de las conmemoraciones, que expresaban con claridad una voluntad de ordenamiento y clarificación de lo que tempranamente habían llevado al pasado. Pueden reconocerse tres fases generales de este gran relato de las memorias: traición de la clase política, escisión social/ crisis y reintegración/pacificación. Son narrativas inclusivas, en líneas generales que culpabilizan a "los políticos" y apuntan a señalar que la democracia, si bien en crisis, en los medios es una realidad. (Reguillo, R.) Las memorias clasificatorias de 2002 apuntaron básicamente a reconstruir el mapa de la Nación y a denominar las nuevas identidades sociales: piqueteros, nuevos pobres, vecinos, ciudadanos, "gente", ahorristas, asambleístas, etc., en el marco de un imaginario en el que el estado pacificador dejaba a la sociedad civil solidaria la reconstrucción del caos.

Las memorias de 2003 registran un cambio en las condiciones sociales y políticas, presentan una voluntad programática de contribuir a la definición de la identidad nacional, por eso nuevamente tienden a acallar los estertores de diciembre de 2001 en el presente, pero con una mirada crítica y sancionadora que lleva al pasado las razones que motivaron esos acontecimientos. Se exhiben los damnificados como víctimas pasivas y a las agrupaciones sociales como "desconfiables" o manipulables políticamente. La visibilidad pública de las víctimas de la represión y el hambre y las catarsis mediáticas, que funcionan como medio terapéutico, quitaron toda posibilidad de convocar y favorecer desde los medios el crecimiento de fuerzas colectivas en tanto desactivan todo antagonismo social al llevar el conflicto al plano del sufrimiento individual. Este tono políticamente correcto que busca identificarse con la experiencia cultural del sufrimiento del otro desde el cómodo sillón del hogar, termina por convertir en diferencia cultural, problemas de desigualdad estructural. Se culturaliza la sociedad y se comienzan a entender los procesos sociales como conflictos culturales, entre tribus: los políticos vs. los ciudadanos-apolíticos, los piqueteros vs. los pobres desorganizados, los piqueteros vs. la gente de buena voluntad, las agrupaciones de izquierda vs. las agrupaciones civiles.

Este trabajo de exploración y reconocimiento del "nuevo país" que vienen llevando a cabo los medios luego de diciembre de 2001 requiere seguir siendo analizado, en tanto aquéllos no sólo dan a conocer identidades sociales, sino que las constituyen, las nombran y le dan existencia en el espacio público. Coincidimos con R. Reguillo cuando señala que: "(...) las diferencias raciales y culturales, al ser convertidas en categorías de clasificación se convierten rápidamente en pretexto para la opresión y la marginación". (Reguillo, R. 2003)

Notas

1. R. Kaes plantea que una catástrofe social implica "el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predisuestos en las instituciones sociales y transgeneracionales". (Jelin, 2002:11)
2. En el sentido dado por Alain Badiou al acontecimiento (en Abraham, T. 1997)
3. Aquí narrativa se vincula "(...) al relato hecho por algún agente sobre acontecimientos que se desarrollan en el tiempo" (Contursi-Ferro, 2001:13-16)
4. Para Polkinghorne, "el significado narrativo resulta de un proceso cognitivo que organiza la experiencia en episodios temporalmente significativos". (en Contursi-Ferro 2001)
5. En este punto acordamos con la postura de Ehrenhaus quien señala este vínculo entre narrativa y control social del siguiente modo: " Cuando concebimos las prácticas de comunicación como control social, las narrativas culturales en su conjunto y los regímenes sociales de las que surgen, revelan relaciones de poder." (en Mumby. 1997:117)
6. En tanto realizan acciones al tiempo que las narran.
7. En este punto es particularmente interesante considerar la fuerza de ciertas imágenes (televisivas) o "postales" que configuran las memorias de diciembre de 2001 de ciertos grupos que se vincularon con esos acontecimientos sólo a partir de su "experiencia mediatizada".
8. En el sentido de R. Williams.
9. Por espacio liso nos referimos a lo que Deleuze denomina como un espacio no homogéneo pero sí infinito, abierto, ilimitado, sin derecho ni revés ni centro y también sin historia. En su lugar el espacio estriado es el espacio del Estado, ordenado con cartografías, mapas y leyes.
10. Ver "Ironía y crítica política en la escena mediática" ponencia presentada en las Jornadas de Investigación Organizadas por el CIFYH, UNC. Agosto de 2002
11. Es interesante considerar el crecimiento y consolidación de este imaginario al inicio del siglo XXI que deposita las exigencias de compromiso en la sociedad civil como un efecto compensatorio del abandono y retroceso del estado neoliberal de los 90.
12. Los actos performativos permiten hacer algo, realizar una acción por medio de su enunciación.
13. R. Kaes plantea que una catástrofe social implica "el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predisuestos en las instituciones sociales y transgeneracionales". (Jelin, 2002:11)
14. Este vínculo se fundamenta sobre valores de singularidad, designación y atestiguamiento. Esta capacidad de atestiguamiento vincula a la imagen mediada técnicamente con el régimen de existencia de los objetos, con las funciones referenciales del signo, que no afirma nada, "solo dice: Allí" (Peirce en Dalmaso: 46). Dalmaso, retomando el planteo de Dubois señala que el valor de verdad de la fotografía implica considerar su proceso técnico de producción y por tanto el vínculo físico que se plantea entre referente e imagen o huella. (Dalmaso, M. T. 1994:44)
15. Derrida trabaja esta noción según el sentido de «archivo», su solo sentido, le viene del *arkheion* griego: en primer lugar, una casa, un domicilio, una dirección, la residencia de los magistrados superiores, los *arcontes*, los que mandaban. A los ciudadanos que ostentaban y significaban de este modo el poder político se les reconocía el derecho de hacer o de representar la ley. Los arcontes son ante todo sus guardianes. No sólo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos. Tienen el poder de *interpretar* los archivos. Confiados en depósito a tales arcontes, estos documentos dicen en efecto la ley: recuerdan la ley y llaman a cumplir la ley. Para estar así guardada, a la jurisdicción de este *decir la ley* le hacía falta a la vez un guardián y una localización. Ni siquiera en su custodia o en su tradición hermenéutica podían prescindir los archivos de soporte ni residencia. (1995)

16. No es el caso de Jorge Lanata cuya voz autorizada proviene de su trabajo en la prensa gráfica y como escritor.
17. Aquí es necesario destacar esta nueva "naturalización" del bruto, entendido como registro de los hechos o como los hechos mismos.

Bibliografía

- ABRAHAM, T., BADIOU, A; RORTY, R (1997), *Batallas éticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ARFUCH, L. (2000), "Arte, memoria y archivo" en *Punto de Vista* N° 68, año XXIII. , pp 34-37
- BACZKO, B. (1999), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* Buenos Aires, Nueva Visión.
- BALADIER, G. (1995), "La política ante la prueba de las imágenes" en *Voces y Cultura. Revista de Comunicación* N° 7 I sem. Barcelona
- CRUZ, Manuel (comp.) (2002), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Bs. As., Paidós.
- DALMASSO, M.T. (1994), *¿Qué imagen, de qué mundo?*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones. UNC.
- DERRIDA, J. y STIEGLER, B. (1998), *Ecografías de la televisión*, Bs. As., Eudeba.
- DERRIDA, J. (1977), *Mal de Archivo*, Madrid, Trotta
- FELD, Claudia (2002), *Del estrado a la pantalla: las imágenes el juicio a los ex comandantes en Argentina*, Madrid, Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (1995), "Nietzsche, la Genealogía, la Historia" en Terán, Oscar (comp.) *Discurso, poder y subjetividad*. Bs. As., El cielo por asalto.
- GRIMSON, A. (1994), "Estudios Culturales: Notas sobre el debate actual", en *Causas y Azares. Los Lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis*. N° 1.
- HALBAWCHS, M (1998), *Memoria colectiva y memoria histórica*. Sociedad. Bs.As., Facultad de Ciencias Sociales (UBA) N° 12.
- HUYSEN, A. (2000), " El parque de la memoria. Una glosa desde lejos" en *Punto de Vista* N° 68, Bs.As., año XXIII, pp 25-28
- JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*. Colección Memorias de la represión, Madrid, Siglo XXI.
- JELIN, E. (comp.) (2002), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas infelices*, Colección de Memorias de la represión, Madrid, Siglo XXI
- MIDDLETON, D. y EDWARDS, D. (comp.) *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Bs. As., Paidós.
- MUMBY, D. (comp.) (1999), *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Bs. As., Amorrortu
- NORA, P. (1994), "El retorno del acontecimiento" en Delfino, S. (Comp) *La mirada Oblicua*, Bs. As., La Marca.
- NORA, P (1972). "L'evenement-monstre" en *Communications*. N° 18. Seuil.
- REGUILLO, R. (2002), Apuntes de Clase Seminario Doctorado en Comunicación-UNLP
-"El Otro Antropológico. Poder y Representación en una contemporaneidad sobresaltada", en *Análisis*, Barcelona, Uade .
- RICOEUR, P (1987) *Tiempo y narración. La configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid,. Cristiandad
- SCHMUELER, H. (2000), "Las exigencias de la memoria" en revista *Punto de Vista*, N° 68, año XIII pp. 5-9
- TERÁN, O. (2000), "Tiempos de memoria" en *Punto de Vista* N° 68, año XXIII. de pp 10-12
- YERUSHALMI, Y. H. (1989), "Reflexiones sobre el olvido" en AAVV *Usos del Olvido*, Bs. As., Nueva Visión.
- WHITE, H. (1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós.
- (1992) *La metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*, México. FCE.